

El valor de la vida familiar en la configuración de las relaciones intergeneracionales positivas

Sonia Rivas Borrell

I. INTRODUCCIÓN

Al igual que sucede en otros países occidentales, en la sociedad española están aconteciendo una serie de cambios sociológicos que afectan a la estructura de la familia y a las relaciones que se producen entre sus miembros. Estos cambios, que cabe relativizar, estimulan a que puedan conocerse, convivir e interrelacionarse varias generaciones¹. En función de ellos, interesa realizar tres consideraciones.

En primer lugar, es un hecho evidente que las personas mayores están cobrando cada vez más protagonismo dentro de la sociedad, aspecto que irá en aumento si se tienen en cuenta las predicciones estadísticas de la población. Si entendemos que la familia es un espacio de interacción y de unidad entre los miembros, el contexto educativo de aprendizaje y de desarrollo humano y personal de todos sus componentes, la convivencia de un mayor número de generaciones –aunque menos numerosa– se convierte en ocasión de repensar cómo la familia educa a las nuevas generaciones en el valor de la intergeneracionalidad.

En segundo lugar cabe señalar que el patrón que podríamos considerar de carácter económico y del Estado del Bienestar, resultado de la lógica funcionalista de inclusión/exclusión con la que funcionan los Estados modernos², subraya sobre todo las dificultades que existen en la convivencia y en el cuidado de las personas mayores y los sacrificios que conlleva la intergeneracionalidad. Por tanto, el valor intrínseco y la aportación de las personas mayores a la sociedad pueden quedar en entredicho.

En tercer lugar, se constata que las familias siguen dando continuidad a esa *cultura familista* que tanto ha caracterizado a los países mediterráneos y que sigue teniendo como base las redes de solidaridad familiar³. No obstante, son escasas las investigaciones que ponen de manifiesto la parte positiva y la potencialidad que conlleva la convivencia de varias generaciones para sus miembros y para la sociedad, que ayudan a crear, en definitiva, un *corpus teórico* potente que fomente una cultura positiva social sobre el valor intrínseco de las relaciones intergeneracionales.

¹ P.A. DYKSTRA, *Intergenerational family relationships in ageing societies*, New York and Geneva, United Nations, 2010.

² P. DONATI, *La ciudadanía societaria*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 1999.

³ M. NALDINI, *The Family in the Mediterranean Welfare States*, London, Frank Cass, 2003; A. BÖRSCH-SUPAN, M. BRAND, H. LITWIN y G. WEBER (eds.), *Active ageing and solidarity between generations in Europe: First results from SHARE after the economic crisis*, Berlin, De Gruyter, 2013.

Por este motivo, interesa poner de relieve la potencialidad que conlleva la convivencia intergeneracional como un reto de interés educativo y social en una época en la que parecen primar los valores relativos a la productividad, la utilidad, la eficacia, la libertad individual y la independencia. Todo ello unido a la premisa de que los bienes que crea y comparte la familia a través de la educación de sus miembros en la convivencia intergeneracional producen beneficios para la propia familia, pero también para la sociedad.

Partiendo de estas premisas, en estas páginas se trata de abordar cómo desde la familia se pueden forjar unas relaciones intergeneracionales positivas, para concluir con unas reflexiones finales sobre el papel de la familia en la educación.

II. LA INTERGENERACIONALIDAD EN LA FAMILIA

La atención a la intergeneracionalidad está cobrando cada vez mayor protagonismo en nuestra sociedad. Los organismos internacionales han manifestado su interés por el tema de la calidad de vida de las personas mayores y, recientemente, por la formación de las personas en la intergeneracionalidad⁴.

Asimismo, existen propuestas e iniciativas particulares y colectivas en Europa y en el contexto español que se someten a análisis. Sin embargo, son escasas las investigaciones que se orientan a formar a los miembros de la familia en la intergeneracionalidad, o lo que es lo mismo, en subrayar el valor de la vida familiar en la configuración de las relaciones intergeneracionales positivas.

El concepto de *relación intergeneracional* ha sido abordado desde diversas perspectivas teóricas. Se concibe que una relación intergeneracional, además de tener la característica de que dicha relación se lleva a cabo entre diversas generaciones que conviven en una misma época, debe existir una interacción y una relación mutuas y no solo convivencia, de modo que su trato repercuta en el bien de sus miembros y de la comunidad en definitiva. Por tanto, aquí el término ‘generación’ se entiende en su sentido relacional⁵. Entender las relaciones intergeneracionales de este modo es hablar de “comunidad de generaciones”⁶, en cuanto que cada generación tiene elementos comunes con la otra generación, aunque está separada por marcos sociotemporales y experienciales diferentes. Precisamente las diferencias entre ambas generaciones son las

⁴ A.K. BOSTRÖM, “Reflections on Intergenerational Policy in Europe: The Past Twenty Years and Looking into the Future”, *Journal of Intergenerational Relationships*, 12, 4, 2014, pp. 357-367; EUROPEAN COMMISSION, *Evaluation of the European Year for Active Ageing and Solidarity between Generations*, Final Report-DG Employment, Social Affairs and Inclusion Rotterdam, 15 April 2014.

⁵ P. DONATI, *La familia. El genoma de la sociedad*, Madrid, Rialp, 2014.

⁶ Y.H. MC CLUSKY, “The community of generations: a goal and context for education of persons in the later years”, *Introduction to Educational Gerontology*, H.R. Sherron y B.D. Lumsden, New York, HPC, 1990.

que posibilitan que entre ellas puedan darse situaciones de aprendizaje y de transferencia.

La calificación de *positiva*, que acompaña la expresión relación intergeneracional, no se circunscribe en aquellos fundamentos basados en criterios que se dirigen a establecer la adecuada funcionalidad de los miembros, sino que se refiere a aquellas actividades que en el núcleo de los vínculos familiares tienen gran contenido moral. Es decir: se entiende que las relaciones intergeneracionales positivas siempre van a suponer acciones morales que se arropan de acciones productivas, funcionales. Cabría traer a colación unas palabras de Bernal⁷ para entender el fondo de esta cuestión: “La racionalidad que unos padres necesitan para el cuidado de sus hijos no se constituyen solo con la adquisición de una serie de competencias sino que sobre todo y en la base supone: prudencia, sensibilidad ante las condiciones personales, conocimiento de una relación que es única, y una orientación hacia las finalidades”.

III. EDUCACIÓN EN LA FAMILIA DE LAS RELACIONES INTERGENERACIONALES

Cabe preguntarse, entonces, ¿Cómo puede construir la familia este valor intergeneracional positivo?

El contexto familiar se constituye como el marco idóneo para el aprendizaje de las normas y de los valores por ser temporalmente el primer núcleo con el que toma contacto un individuo y por sus características únicas. Es el lugar de relación y de reciprocidad plena y estable entre las generaciones⁸, en donde priman las relaciones interpersonales afectivas y protectoras del individuo sobre otro tipo de relaciones y porque, en situaciones no patológicas, “es el escenario donde el sujeto encuentra reconocimiento, acogida, afecto, estabilidad emocional y se configura su identidad personal, familiar y sociocultural”⁹. En la familia, origen para la primera socialización, cada miembro se singulariza, se diferencia, empieza a descubrir lo que es genuino de cada uno de lo que es propio de los otros miembros de la familia. En definitiva: la familia es germen de sociedad y de desarrollo de la sociabilidad natural¹⁰.

La literatura señala que la convivencia *per se* supone la creación de unos lazos que, intrínsecamente, pueden ser beneficiosos y relevantes para ambas partes¹¹. Lo que

⁷ A. BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA, “Fundamentos de la responsabilidad de cuidado en la familia”, *Educación, libertad y cuidado*. J.A. Ibáñez-Martín (coord.), Madrid, Dykinson, 2013, p. 12.

⁸ A. BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA y S. RIVAS BORRELL, “Relaciones padres e hijos”, *La familia, recurso de la sociedad*, C. Montoro Gurich (ed.), Pamplona, Instituto de Ciencias para la Familia, 2013, pp. 93-124.

⁹ A. BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA, “Entramado educativo de relaciones personales”, *La familia como ámbito educativo*, A. Bernal Martínez de Soria (ed.), Pamplona, Rialp, 2005, pp. 119-144.

¹⁰ C. NAVAL, “Ámbito familiar: confianza y respeto”, *La familia como ámbito educativo*, A. Bernal Martínez de Soria (ed.), Pamplona, Rialp, 2005, pp. 145-162.

¹¹ M. SMORTI; R. TSCHIESNER y A. FARNETI, “Grandparents-Grandchildren Relationship”, *Procedia-Social and Behavioral Sciences*, 46, 2012, pp. 895-898.

señalaremos es cómo o de qué manera se consiguen crear estos lazos positivos en la familia, separando el aprendizaje en varios planos que confluyen y que la literatura ha reconocido como relevantes¹²: emocional/afectivo, actitudinal, conductual y simbólico.

La respuesta a la pregunta puede ser clara en el objetivo –el *qué*–, aunque no tan fácil de llevarlo a la práctica –el *cómo*–. La familia va a construir el valor intergeneracional positivo según cómo sea educado cada miembro en sus relaciones con los otros y de cómo entienda la identidad familiar¹³. Por este motivo, el foco de análisis cabe centrarlo en la familia entendida como un ámbito educativo en el que la relación educativa es bidireccional: es decir, que uno educa y a su vez es educado, uno cuida y es cuidado, aunque la actividad que en ella se desempeñe tenga distinta concreción y rol en función de la edad de sus miembros, de su capacidad, del momento vital y de su entrega.

1. Plano emocional/afectivo

Si se entiende que la familia es un lugar de acogida, de confianza y de respeto¹⁴, en el que el otro importa y se le quiere, la conversación puede ser un canal de reciprocidad entre las generaciones.

La comunicación es el vehículo a través del cual las personas reciben los mensajes y procesan las vivencias entre las generaciones. Sin embargo, la comunicación se acompaña, además, de una presencia que implica dar compañía, de mostrar preocupación por el que está delante o en el otro lado de la pantalla y, con ello, un cuidado respetuoso en las palabras y en el trato hacia el otro.

Es cierto que las experiencias de contacto intergeneracional pueden ser muchas y de muy diverso tipo en la sociedad actual¹⁵. Esas experiencias tienen una estrecha relación con las funciones que tienen los abuelos en la sociedad actual, entre otras: ser amortiguadores en el caso de relaciones matrimoniales difíciles, educadores primarios de sus nietos, o árbitros en caso de disputa familiar entre padres e hijos. En definitiva: son *estabilizadores*¹⁶ y catalizadores de la familia.

¹² S. RIVAS BORRELL, “El cuidado y la atención de abuelos dependientes: una oportunidad educativa para los nietos”, *El cuidado de las personas dependientes ante la crisis del estado del bienestar*, A. Muñoz (ed.), Valencia, Tirant lo Blanch Humanidades, 2013, pp. 251-278.

¹³ A. BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA y L.Y. SANDOVAL ESTUPIÑÁN, “Parentalidad positiva o ser padres y madres en educación familiar”, *Estudios Sobre Educación*, 25, 2013, pp. 133-149.

¹⁴ C. NAVAL, *Op. cit.*

¹⁵ C. TRIADÓ TUR, “El rol de los abuelos en la estructura familiar actual”, *Generaciones conectadas: Beneficios educativos derivados de la relación entre nietos y abuelos*, S. Rivas Borrell (ed.), Madrid, Pirámide, 2015.

¹⁶ J. GONZÁLEZ BERNAL, R. DE LA FUENTE ANUNCIBAY y J. GONZÁLEZ SANTOS, “Abuelo y nieto, vínculo simbólico”, *Generaciones conectadas: Beneficios educativos derivados de la relación entre nietos y abuelos*, S. Rivas Borrell (ed.), Madrid, Pirámide, 2015.

Lo fundamental es señalar que, desde la primera infancia, el niño debe verse arropado y acompañado por sus padres en esta educación¹⁷. Este aprenderá los valores, y con ello su vivencia, a través de la observación de las relaciones que se producen en el contexto, que incluye el modo en que los padres interactúan entre ellos, con los otros hijos –si los hubiera– y con los otros miembros del entorno familiar. También aprenderá a través de las acciones que él realice y que sean mediadas por las orientaciones de sus progenitores.

La misión de los padres es, en primer lugar, *facilitar un espacio de encuentro entre las generaciones*. Esto se logra cuando, de modo natural y dentro de las ocupaciones familiares ordinarias, entra a formar parte la visita a los abuelos (virtual o real), y de facilitar en la medida de las posibilidades el trato entre ellos, su convivencia intensa en esos momentos, y de hacer que ese tiempo sea de disfrute entre ambos, que tiene que llegar a la complicidad entre las generaciones.

Para los niños y para los mayores, la vivencia del tiempo es más fugaz que para la generación intermedia. Por tanto, es tarea de la familia *trabajar el tiempo previo en el que ambas generaciones coincidirán*, es decir, preparar los encuentros. Que los padres pronostiquen a sus hijos la cercanía que van a tener con sus abuelos, la ilusión con la que ellos les esperan, que les anticipen el acompañamiento que ellos, como nietos, les harán en esos momentos, que les preparen emocionalmente y que les ilusionen con los acontecimientos que les sucederán juntos –aunque sean breves–, hará que esos momentos sean vividos aún con mayor intensidad si cabe. Esas frases y esa conducta vivida en familia van a ser aprendidas por ósmosis ya durante la niñez de un modo natural. De este modo, los padres les enseñarán a sus hijos a percibir los afectos de los demás.

Sin embargo, el niño no es solo receptor pasivo de las influencias familiares sino también sujeto activo. La tercera generación refuerza este aprendizaje y este vínculo emocional con el cariño y con la ilusión con la que recibe a las generaciones jóvenes. También esta generación anticipa los buenos momentos que pasará con las generaciones jóvenes y se prepara emocionalmente para ello. También los padres pueden verse influidos positivamente por las respuestas emocionales aprendidas en sus hijos, sirviéndoles de motor para seguir trabajando educativamente en esta línea.

En tercer lugar, una vez que ambas generaciones están juntas, se trata de fijar la atención en cuál *es la naturaleza de la relación*. Cuando la generación intermedia muestra interés por lo que sus propios progenitores comentan en sus encuentros (aunque debido a la edad lo hayan repetido varias veces, no se les oiga o se les oiga en exceso), tiene preocupación por ellos porque no hay indiferencia, atiende el estado de salud física o mental, cuida las frases que se emplean en las interacciones con ellos, o se interesa por

¹⁷ F. ALTAREJOS MASOTA, A. BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA y A. RODRÍGUEZ SEDANO, “La familia, escuela de sociabilidad”, *Educación y Educadores*, 8, 2005, pp. 173-183.

las ocupaciones de sus propios padres, está enseñando a su prole a través de su ejemplo a tratar a las personas mayores y, en definitiva, a las personas distintas a uno mismo en razón de la edad y de la capacidad. Es decir: los padres transmiten al hijo que se debe estar en disposición de atender y de aceptar al otro, de acompañarle, porque importa, donándose uno mismo. Asimismo, enseñan al hijo a manifestar familiarmente el afecto, a expresarlo. En consecuencia, se forja el código ético de comportamiento ante los mayores.

Este diálogo familiar se acomoda al interlocutor, se acompaña de registros comunicativos que habitualmente se adaptan la condición de cada uno, por lo que se acrecienta el sentimiento de proximidad entre las generaciones. Si los padres favorecen que este espacio de encuentro dé lugar a confidencias, a la cercanía o al compañerismo mutuo, a la relación desinteresada, sabiendo incluso que la responsabilidad educativa en el mensaje entre ellos no suele estar presente en su relación, están ayudando a que se forje un vínculo estable y fuerte entre las generaciones. En definitiva, ayudan a que se genere confianza en su relación y que aumente la complicidad entre las generaciones¹⁸.

Esta cercanía emocional aumenta cuando, en su trato, unos y otros toman parte en las mismas actividades¹⁹, aunque su implicación sea distinta. Es labor de los padres promover durante este encuentro una tarea o interés en común entre las generaciones. La diferencia de edad puede ser una barrera importante para conseguirla. Por ello, la clave es atinar en intereses y nexos que trasciendan la edad. Este interés forma un vínculo inicial que, si se repite en el tiempo y no se fuerza, cohesiona emocionalmente a las generaciones. Si no sucediera de forma espontánea en la familia, pueden aprovecharse las actividades compartidas en momentos puntuales, nunca forzando situaciones, para que se indague sobre aspectos en los que ambas generaciones conectan de modo natural, y tratar de favorecer esas ocasiones. Muchos programas intergeneracionales se sirven de las carencias que una generación posee y que tiene la otra para fomentar los vínculos afectivos entre ambos.

En consecuencia, en las generaciones jóvenes se genera un sentimiento de utilidad, de seguridad y de satisfacción relacional, cuando se le ayuda a un mayor en aspectos nimios pero que suponen para ambos una importante cercanía emocional. El beneficio se hace más plausible si cabe cuando el mayor tiene una dependencia asociada.

En el fondo se encuentran las cualidades básicas que se señalan como las bases para fortalecer los lazos intergeneracionales: el respeto hacia el otro, la reciprocidad y la responsabilidad²⁰.

¹⁸ K. MAHNE y A. MOTEL-KLINGEBIEL, "The importance of the grandparent role -A class specific phenomenon? Evidence from Germany", *Advances in Life Course Research*, 17, 2012, pp. 145-155.

¹⁹ J.A KAM y J. NUSSBAUM, *Exploring the dynamic nature of the grandparent-grandchild relationship*, Paper presented at the annual meeting of the National Communication Association, San Diego, CA, 2008.

²⁰ T. BRUBAKER, "The Four Rs of Intergenerational Relationships: Implications for Practice", *Michigan Family Review*, 4, 1, 1999, pp. 5-15.

2. Plano actitudinal

El ejemplo de los padres en el cuidado de sus mayores vuelve a ser crucial en la educación de la intergeneracionalidad. Cada familia puede tener su modo de explicar a sus miembros el porqué de su actuación en el interior de su familia. De igual modo, dependerá de cada familia cómo quieren ser vividos esos valores. Cuanta más coherencia exista entre lo que los mismos progenitores digan y lo que hagan, más ayudará a que las actitudes positivas penetren en sus miembros. Por ello, es importante que el marco familiar sea consistente, estable y claro con el mensaje educativo.

La familia es una realidad a la que le afectan los cambios sociales y culturales de su entorno. Por esta razón, los progenitores son los que deben filtrar o mediar la presión negativa que puede haber en la sociedad sobre aspectos que merman el valor de las personas mayores²¹. Es precisamente la generación intermedia quien crea y define su propia cultura familiar en el modo de tratar y de educar a sus miembros.

La familia puede educar en la intergeneracionalidad, en primer lugar, *cuidando la frecuencia* en la que se busca la convivencia entre las generaciones, que incluye cuál es la prontitud de su respuesta ante una necesidad planteada por la tercera generación, cómo se demanda el contacto entre las generaciones, o con qué periodicidad y durante cuánto tiempo se trata de estar o de hablar con ellos. Las nuevas tecnologías están facilitando que se produzca cercanía inmediata a pesar de la distancia²².

En segundo lugar cabe considerar el *contenido de los mensajes* que los padres utilizan para hablar a sus propios progenitores o a personas de su entorno sobre ellos. La amabilidad, el agradecimiento y la consideración siempre deberían estar presentes, porque trasluce cómo es su trato, su confianza y, en definitiva, su aprecio y cariño. La comunicación no verbal siempre acompaña a la comunicación verbal en todo momento. Por tanto, los gestos y la actitud de cuidado, de atención y de respeto a deberían acompañar el mensaje.

En tercer lugar puede analizarse el *grado de cercanía* que los padres buscan los vínculos generados. Saber qué vivencias se comparten entre las generaciones, o el motivo de acudir a ellos –por necesidad, por obligación, por gratitud, por esperar algo a cambio– refleja en el fondo cuán próxima o cercana es la relación.

En cuarto lugar, corresponde pensar en los *motivos explícitos* que los padres verbalizan ante sus hijos para seguir cuidando y mostrando afecto a una persona mayor que, quizás, ni siquiera puede devolver con la misma energía y vitalidad el afecto con el

²¹ CENTRO REINA SOFÍA SOBRE ADOLESCENCIA Y JUVENTUD, *La sombra de la crisis. La sociedad Española en el horizonte de 2018*, Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, Madrid, 2014.

²² A. TARRANT, *(Grand)paternal care practices and affective intergenerational encounters using Information Communication Technologies*, Routledge Chapman & Hall, Intergenerational Space, 2014.

que se cuida. Lo que los hijos pueden entender de ello es la gratuidad que existe en la entrega, en la que uno no debe esperar nada a cambio.

Por tanto, conviene que los padres verbalicen que cada miembro de la familia tiene una dignidad y una singularidad que no solo debe ser aceptada, sino que merece ser respetada y alabada. En este sentido, los progenitores tienen la tarea de explicar desde muy pequeños a los hijos la gratuidad que debe existir en las relaciones²³, y señalar que el valor de cada uno no está ligado a lo que en el momento puntual puede hacer, sino en el hecho de existir y que la familia disfrute *de y con* la existencia del otro, y que, aunque haya una labor de cuidado que implique un esfuerzo y un coste personal añadido, merece la pena hacerlo.

En quinto lugar, los progenitores deben *ser conscientes del lenguaje no verbal* que acompaña su día a día. A través de su actitud ante el cuidado y el acompañamiento del mayor, el niño pequeño aprende a tratarlo. La escucha atenta y activa ante lo que los mayores cuentan y la empatía en la relación, deben ser dos principios actitudinales presentes en la educación familiar²⁴. Con ello, puede ir calando en los hijos una mayor apertura a la historia vital de los demás, y se sembrará en saber valorar realmente la aportación de las personas mayores. La literatura señala que los hijos que han percibido en su familia un cuidado y un trato cordial hacia sus abuelos, expresan opiniones más positivas respecto al cuidado de los abuelos así como de las personas mayores. Asimismo, se apunta que suelen ser más propensos a repetir ese mismo cuidado con sus propios progenitores.

Finalmente, además de las explicaciones y del ejemplo de los progenitores, es labor de los padres tratar de que sus hijos sean partícipes y compartan con sus padres estas experiencias de atención y de cuidado, que las vivan, que las experimenten y que verbalicen lo que a ellos les supone compartir el tiempo con sus abuelos. Precisamente la capacidad de reflexionar sobre lo aprendido y lo vivido repercutirá en beneficio de un aprendizaje positivo de las relaciones intergeneracionales.

En definitiva, la atmósfera familiar irá configurando la identidad del niño, y hará que estos aprendizajes se interioricen de tal modo que puedan ser generalizados de forma natural a otros ámbitos.

3. Plano conductual

La familia configura, moldea, conforma la personalidad de los hijos y contribuye a la construcción de su propia identidad. En la familia se aprenden aspectos de la vida cotidiana como los gestos, el lenguaje, las costumbres o los valores que se viven habitualmente de forma natural, y que traslucen en pautas educativas concretas.

²³ T. BRUBAKER, *Op. cit.*

²⁴ F. TORRALBA ROSELLÓ, *Ética del cuidar. Fundamentos, contextos y problemas*, Madrid, MAPFRE, 2006.

Las familias pueden presentar diferentes estilos educativos a la hora de educar a su prole, pero en todos, los padres son el modelo de referencia para educar en familia ante qué se hace y cómo se actúa ante los otros.

Ellos pueden enseñar a sus hijos *a que adquieran habilidades para saber afrontar los problemas y dificultades*. Es habitual que los abuelos presenten ciertas limitaciones en un momento dado. El comportamiento de los padres modelará la conducta de sus hijos, dado que verán encarnado en ellos el modo en el que uno debe hacer frente a las situaciones complicadas que se plantean en la vida.

Cuando, además, la actitud de la familia responde a una *visión integrada de la realidad de la persona*, en la que conviven con normalidad carencias y dificultades a las que hay que hacer frente, los niños entienden que las carencias forman parte de la vida del ser humano. Por tanto, se les enseña a tener una visión global, en la que uno debe fijarse no solo de lo que uno carece, sino también lo que uno tiene. En la medida en que los padres hagan visible explícitamente ese potencial e integren la limitación en la historia vital de un individuo, se aprenderán a superar los retos y se tendrán más habilidades para saber afrontar los problemas saliendo fortalecidos de ellos. A ello ayudará si las terceras generaciones apuntan las veces que en su vida han tenido que superar dificultades, mucho más duras que las que ahora se les presentan. En consecuencia, la experiencia de resiliencia deberá estar muy presente en la educación en la intergeneracionalidad en las familias²⁵. El resultado es que estos niños que han vivido esta situación difícil en la familia presentarán posteriormente una conducta más madura que la de sus iguales²⁶. Es decir: los padres deben velar para preparar a sus hijos para que sepan desenvolverse en el futuro, no solo para el presente.

Los padres también *pueden educar en la solidaridad*²⁷ a sus hijos cuando muestran que la familia funciona como una unidad en la que todos se ayudan y cooperan, no en momentos puntuales, sino en el día a día. Si además se presentan momentos más

²⁵ Desde una perspectiva antropológica y ética, saber afrontar los problemas guarda relación con la adquisición de las virtudes, en especial la fortaleza y la prudencia. En cambio, desde la psicología, se recoge bajo el constructo de 'resiliencia'. De igual modo, mientras que la psicología habla de habilidades, la ética alude a hábitos operativos buenos, a los que la persona tiende por naturaleza a ellos presentándose por la razón natural (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II q.47, a. 6, co). Puede encontrarse un estudio pormenorizado de la antropología moral de Aquino en diálogo con la psicología moderna en T. CRAIG, *Resilience and the virtue of fortitude: Aquinas in dialogue with the psychosocial sciences*, Washington, Catholic University of America, 2006.

²⁶ M. CELDRÁN CASTRO, F. VILLAR POSADA y C. TRIADÓ TUR, "When grandparents have dementia: Effects on their grandchildren's family relationships", *Journal of Family Issues*, 33, 2012, pp. 1218-1239.

²⁷ El significado de este concepto viene recogido en la siguiente cita: "De entre todas las acepciones predomina la solidaridad como sentimiento del que se siente unido a la causa, empresa u opinión del otro. Se es solidario cuando se muestra esa unión. Asimismo, se califica de solidario (...) cuando se asiste a otros. Uno se adhiere a la causa o a la empresa de otros, y con esos otros se ayuda a unos terceros (...) para aliviarles de su privación material o espiritual. Con este significado, la solidaridad aparece con notas que la asemejan a las virtudes de efecto social, las virtudes públicas" (A. BERNAL MARTÍNEZ DE SORIA, *El voluntariado: educación para la participación social*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 98).

complicados, los padres pueden enseñarles cómo se coordina la ayuda y cómo se atiende al otro anteponiendo al otro antes que sus propios planes. Si son tiempos más sosegados, pueden hacerles ver cómo se integra la ayuda, el cuidado, la atención en la vida cotidiana de la familia. En la medida que este aprendizaje esté presente desde la infancia, la reacción de los niños en el futuro tenderá a ser espontáneamente más generosa²⁸.

Los padres también pueden enseñar al niño *a comportarse y a hablar con sus abuelos*, y por ende, a relacionarse con los demás. Primero lo aprenderán gracias al ejemplo de sus padres, y luego por los refuerzos que empleen. Las familias tendrán que hacer frente al fuerte individualismo en el que están inmersas las relaciones sociales hoy en día, a la falta de confianza en el otro, y al utilitarismo. Por tanto, muchas veces deberán remar en contra de los principios que socialmente imperan, de desencuentro y de desinterés por el otro. También tendrán que estar atentos a los prejuicios que pueden presentarse en las generaciones jóvenes ante la tercera o la cuarta generación.

Los padres pueden enseñar *que su casa es un hogar* en la que sus miembros integran en su vida las obligaciones voluntariamente aceptadas y queridas que se derivan de querer al otro por ser quien es. Por tanto, hay una conducta de donación al otro, de darse desinteresadamente, de gratuidad, de no esperar nada a cambio. De este modo, el niño aprende a transmitir socialmente el valor que tiene para él la intergeneracionalidad²⁹.

De lo anterior se desprende que los progenitores pueden enseñar a sus hijos *a formar parte de la vida de la familia*, a integrarse como un miembro que presenta unas características propias que son queridas por sí mismas. De esta forma, la familia favorece *la cohesión y la convivencia positiva entre las generaciones*.

Los padres también pueden enseñar al niño *a gestionar su tiempo de forma autónoma* ante el mayor. Es decir, su labor no debe dirigirse a que sus hijos repitan la conducta que están viviendo en su familia, sino que les ayuden a reflexionar sobre la realidad que está viviendo, que descubran los motivos que hay detrás de esa atención y cuidado, y que los hagan suyos. Para ello, les tendrán que dar la oportunidad de que pongan en práctica las iniciativas que se les ocurran. Si no, de otro modo, la educación puede quedarse, según el estilo educativo que presenten las familias, en un barniz superficial que el tiempo se encargará de borrar.

²⁸ R. GARCÍA LÓPEZ, C. PÉREZ PÉREZ y J. ESCÁMEZ SÁNCHEZ, *La educación ética en la familia*, España, Desclée de Brouwer, 2009.

²⁹ Desde un enfoque antropológico y ético, el principio de solidaridad demanda la formación de unos hábitos que se corresponden con las clásicas virtudes sociales, las cuales, al tiempo que optimizan las tendencias naturales sociales, contribuyen a la gestación de una sociedad solidaria (C. NAVAL, *Educación ciudadanos: la polémica liberal-comunitarista en educación*, Pamplona, Eunsa, 2000).

4. Plano simbólico

El plano simbólico alude a las ganancias intangibles que puede aportar la relación intergeneracional a los miembros de la familia y que vendrá alimentada por las conductas, actitudes y muestras de afecto vividas previamente en el contexto familiar.

Es labor de los padres poner de manifiesto la importancia que han tenido y tienen las vivencias familiares en la configuración de la identidad de cada miembro, que le hacen y que le explican a cada uno quién es. Los padres deben plantearse el reto de que sus hijos sean conscientes del valor que tienen/han tenido sus predecesores en la configuración de su propia identidad.

Los padres deben tratar de transmitir, con hechos y con palabras, que la familia es el lugar de unión, de permanencia, de vínculo y de identidad, y que ellos son los eslabones de esta cadena que puede prolongarse en el tiempo y de la cual tienen la responsabilidad de velar por que no se rompa, aunque todo ello sea compatible con desencuentros o reencuentros en la historia personal de la familia.

Por esta razón, es su labor ejercer de facilitadores, de puente entre las generaciones que la configuran. La biografía de los padres se comparte con la de sus propios progenitores y con la de los hijos. A los progenitores les corresponde ayudar a que se produzca ese encuentro interpersonal, que será enriquecedor para ambos y fortalecedor de las relaciones. De este modo, se forjará un espacio para que los abuelos hablen a sus nietos sobre aspectos banales, pero también sobre cuestiones importantes para la vida. Luego será labor posterior de los padres preguntarles qué han pensado y aprendido, o por lo menos incitarles a pensar en ello.

La tercera generación puede ayudar a integrar valores en los nietos gracias a lo que cuentan y a cómo justifican lo que sus padres viven y transmiten y que, quizás, los hijos no terminan de asimilar. Además, la vida de sus abuelos les puede servir de modelo para entender algunos mensajes (qué es ser buena persona, o qué supone actuar correctamente). Los nietos saben que la relación con sus abuelos es desinteresada, y que hay una cercanía –sobre todo en la adolescencia– y una complicidad mayor que con los padres. Por tanto, lo que los abuelos les digan y cómo se lo digan puede ser un refuerzo en la educación de determinados aspectos. Será momento para que los hijos pongan en práctica el valor de la generosidad y de la entrega, de servicio al escuchar a las personas mayores, de hacer entender que el otro importa, subrayando así la valía de cada uno.

Los abuelos también conservan la memoria colectiva de la familia en cuanto que siguen con las tradiciones, las costumbres, la cultura popular, o el folclore. En este sentido, los padres tendrán la misión de velar por la herencia cultural que tienen encomendada, haciendo partícipes a sus hijos de aquellas actividades que, de alguna manera, rememoren y prosigan con la tradición familiar.

IV. REFLEXIONES FINALES

1. La primera reflexión sobre la familia recuerda que, en tanto que institución social, presenta dos ámbitos de actividad totalmente diferentes: el privado y el público. O, lo que es lo mismo, existe una vida *hacia dentro de la familia* y otra *hacia fuera de la familia*. Interesa poner de relieve que lo que la familia realice dentro de su ámbito familiar repercutirá positiva o negativamente fuera de ella. De ahí estriba la importancia de la educación familiar.

2. La familia sigue siendo el lugar de humanización de las personas. Uno aprende a ser en la familia. Nos hacemos en la intimidad de la familia. Es la vida familiar que encarna los diferentes valores que van a aprender los hijos.

3. La familia sigue siendo central en la vida del individuo, no desaparecen las relaciones familiares entre generaciones. Únicamente, si acaso, dejan de cohabitar en la misma vivienda y se produce lo que algunos autores denominan la “intimidad a distancia”, aunque con los momentos de crisis económica la familia sigue siendo el lugar del reencuentro.

4. La labor de los padres es orientar a sus hijos en todos los terrenos que se han señalado, para que dé lugar una educación en la intergeneracionalidad. Cada familia es diferente, porque tiene una biografía distinta, y porque tiene su propio estilo educativo. En consecuencia, la concreción de pautas familiares que tengan lugar dentro de su seno se tendrá que hacer de forma distinta.

5. La *responsabilidad* de la familia es sobre lo que pivota la educación en la intergeneracionalidad. Esa responsabilidad, que se basa en que la familia es el ámbito propio de socialización primaria y en que los padres son los referentes para sus hijos, se traduce en que en ocasiones los padres deberán aprender cómo mejorar su educación y para ello requerirán formación. En otras ocasiones los padres deberán decir a sus hijos que se han equivocado.

6. Aunque se ha incidido en el valor de la intergeneracionalidad sobre la figura de los hijos, especialmente los más jóvenes, el proceso de aprendizaje en la familia no es unidireccional: tanto los padres como los hijos y los otros miembros, que forman parte del grupo familiar, se influyen mutua y permanentemente.

En estas páginas se han tratado de ofrecer algunas claves interpretativas que contribuyen a una mejor comprensión de la labor de la familia en la formación de los valores intergeneracionales positivos. Quizás estos aspectos nos ayuden a cambiar una relación social que no es pero podría ser mejor. Permiten intuir escenarios familiares futuros que son más positivos para el individuo y para la sociedad.